

# EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, deha.

Suscripción.

Un año.....	8,00 pesetas.
Número suelto.....	0,16
idem atrasado.....	0,16

Pago adelantado.

## Es triste, pero es cierto.

El pueblo español está agobiado de contribuciones y gabelas; como la mula dando vueltas a la noria, sin dar abasto a las sedientas arenas, trabaja un día y otro día, así este pueblo sufrido trabaja un año y otro sin satisfacer jamás la sed de millones que devora la entidad Estado.

Las contribuciones aumentan y los ministerios engrandecen sus presupuestos. Cada veinte años el valor del suelo y del trabajo español ingresan en el Tesoro, y cada veinte años aumenta el malestar, lo que prueba que esos ingresos no se reparten bien, que hay filtraciones ó que se acumula en favor de unos pocos lo que debe ser el patrimonio de todos.

La teoría liberal de aumentar los impuestos para aumentar los servicios, es un error cuyas consecuencias estamos pagando muy caro los españoles.

El aumento de los impuestos debe servir para mejorar la situación del administrado.

Una casa con muchos criados, pero en la que ni amo ni criados puedan comer, estará siempre mal administrada, preferible es que, teniendo menos servidores, disfruten todos de más comodidades.

El liberalismo está de bancarrota en el terreno económico. Llevamos muchos años sufriendo y estamos cada vez peor, los alimentos carísimos, la vida cada vez más difícil.

El liberalismo está de bancarrota en el terreno moral. Aumenta la criminalidad, la falta de honradez y de decoro, la ignorancia y la corrupción de las costumbres.

El liberalismo está de bancarrota en el terreno jurídico. Cada vez es más difícil restablecer el derecho lesionado; se traslada y veja a los Magistrados, se les oprime y envuelve en el engranaje del cacicato, destruyendo el orden judicial.

El liberalismo está de bancarrota en el terreno social. Se procura la disolución de la familia, se protege al malo y se le ponen toda clase de obstáculos al bueno. Se dá amparo y ayuda a los enemigos de la sociedad, dando fuerza legal a sus reuniones y estatutos, y en nombre de la libertad, se prohíbe la asociación de los buenos, de los que instruyen al pueblo, de los que le llevan por el camino de la honradez y del trabajo, único medio de hacer naciones ricas, poderosas y respetadas.

A. L. A.

### VARIEDADES

## CARA Y CRUZ

Historia de un dolor de barriga

### I CARA

Don Cosme tiene tres mil duros de renta, y una barriga de seis palmos de través; además es cacique político, hombre de empuje y enemigo de curas y frailes hasta la pared de enfrente.

Tocan a la puerta y se presenta un criado.

—¿Qué quieres, Juan?  
—Señor, aquí está el cura de la parroquia.  
—¿Qué buscará el curiana? Dile que no estoy.

—Dice que necesita hablar con usted.  
—Dile que no recibo.  
—Cosme, por Dios,—exclama la mujer

del cacique entrando en aquel momento— recibe á ese señor, siquiera por cortesía. Van á decir que eres un grosero.

—No puedo tratar á esa gente aunque me la den conllada. Ya verás cómo viene á pedir dinero.

—Por Dios, Cosme, no me sofoques... Juan, dile que entre.

Don Cosme pone cara de vinagre, y entretanto álzase el portier, y aparece un sacerdote flaco y viejecillo.

—Dispense Ud., D. Cosme—dice saludando.—Vamos á comenzar en la Parroquia el mes consagrado á las ánimas del purgatorio y, como hay que hacer algunos gastos y la fábrica está muy apurada, me he acordado de Ud. y de su señora.

—Pues ha hecho Ud. muy mal en acordarse.

—¿Por qué, amigo mío?

—Porque los tiempos no están paragastos. Harto tenemos con mantener los cuerpos, para pensar en mantener las almas.

—¿Señor D. Cosme! ¿qué me dice usted? Siempre lo tuve á Ud. por un buen católico.

—Y lo soy; pero no me gustan las beaterías.

—¿Y llama Ud. beaterías dar culto á Dios y rogar por las almas de los difuntos? ¡Ah! ¡Si Ud. supiera cuánto agradece Dios esa caridad!... ¡Si Ud. supiera cuánto se alcanza á veces por la intercesión de las benditas almas!...

—Pues mire Ud., por ahora no necesito saberlo. Sr. Cura; cuando lo necesite ya le avisaré á Ud.

Dofia Tula, que así se llama la mujer del cacique, se pone más colorada que un pavo.

El Cura toma el sombrero, y apenas si halla la puerta para salir.

### II CRUZ

—¡Tula, qué dolor de barriga! ¡Deben haberseme indigestado las aceitunas!

—¡Si fuesen sólo las aceitunas! Hombre, pero si te cenaste anoche el Flos Sanctorum.

—¿Qué dolor tan horrible!; llama corriendo al Médico.

El criado sale como una flecha, y á poco llega el Médico, el cual se acerca á la cama, pulsa á D. Cosme y declara que tiene un cólico de revienta perros que es muy posible se lo lleve al otro mundo.

La casa se pone en movimiento.

Don Cosme al observarlo se asusta extraordinariamente.

¡Tula!—exclama mirando á su mujer con ojos de mochuelo espantado—¿qué dice el Médico?

—Que no estás bueno.

—Noticia fresca.

—Y que es preciso geringarte mucho.

—¿Más de lo que estoy? ¿Señor, que queirés de mí? ¡Qué desgracia! ¡Quién había de creerlo! Yo que estaba tan bueno. No os descuidéis, corred inmediatamente á la botica.

El criado vuelve á salir y viene cargado de jaropes.

Dofia Tula toda temblorosa, agarra el primer tarro, y empieza á dar á D. Cosme fricciones en el vientre. A cada restregón el paciente pone el grito en el cielo.

—¡Tula, me muero; esto va muy mal!

—Tranquízate, hombre, que el Señor te curará.

—Mira, podías hacer alguna oferta.

—Encenderemos una luz á las almas benditas.

—Sí, sí, enciende una. Y si no enciende dos, que será mejor.

Dofia Tula toma un bazo, le pone agua y aceite, y enciende dos mariposas.

Don Cosme sigue berreando; el dolor, en vez de ceder, aumenta. De repente empieza á hinchársele un costado.

—¡Tula! ¡Tula mía! estoy peor; enciende otra luz.

Dofia Tula enciende otra luz; pero el dolor no cesa y D. Cosme pone el grito en las estrellas.

—¡Tula, me muero! las almas no quieren oírme!

—Pues no será porque no gritas.

—Es que me duele mucho el hipocondrio.

Por Dios, dame otra untura, y enciende de una vez todas las mariposas que queden en casa.

Dofia Tula, que no sabe lo que es el hipocondrio, al oír decir aquello á su marido, sin saber ya lo que se hace, empieza á sacar cacharros con aceite, y arma una iluminación tan estupenda, que los vecinos creen que se ha pegado fuego á la casa.

Entretanto, ¡el Médico, apercebido de la gravedad del caso, al marcharse deja recado al cura que vive en frente y éste se presenta otra vez en casa de D. Cosme.

¡Señora! «El Cura de la Parroquia» dice el criado Juan.

¡Que entre!, contestan á coro el marido y la mujer.

Esta vez, «el curiana», como le llamaba el cacique, es recibido con palmas y olivos.

—¡Don Rafael de mi vida!—exclama doña Tula al verle entrar.—Cosme está muy grave.

—¡Don Rafael de mi alma!—exclama don Cosme con voz apagada—me muero sin remedio.

—Pero señores, calma—contesta el Sacerdote.—Calma ante todo, y mucha confianza.

El Señor les visita con este trabajo; El sabrá por qué. Pero ¿á qué viene tanta luz?—pregunta sorprendido por las dos docenas de caudilejas que chisporroteaban apestando la habitación.

—Arden por las almas benditas.

—Pero, señora, no tanto. ¿Si creerá usted que las almas se conquistan á fuerza de aceite? Va Ud. á apestar la casa.

Don Rafael abre las ventanas. Después se sienta al lado del enfermo, le anima, le limpia el frío sudor que comienza á caer por sus mejillas y le habla algunas palabras al oído.

Don Cosme abre los ojos llenos de lágrimas, y estrecha la mano del sacerdote.

Algunas horas después, el cacique de la barriga grande, el enemigo de curas y frailes, el que odiaba las «exageraciones» y las «beaterías» hace confesión general, se retracta de los errores de toda su vida, y cubierto de reliquias, rociado del agua bendita y rodeado de imágenes, después de recibir los Santos Sacramentos, entra en una corta agonía y deja de existir.

### EPÍLOGO

Al día siguiente, á las diez de la mañana, se celebra el entierro del cacique.

Sus amigos «políticos», vestidos de gala, rodean la caja mortuoria esperando al Clero Parroquial.

A poco se presenta éste, entonando salmos de aquellos que ponen á los incrédulos los pelos de punta. ¡Cuándo se acabará tanta farsa? pregunta indignado un librepensador de los más rabiosos, íntimo amigo de D. Cosme.

«Ha dicho Ud. farsa?» contesta Juan el criado que pasa en aquel momento por entre los convidados cargado con la tapa de ataúd. ¡Cómo se conoce que aún no le ha dolido á usted la barriga!

Adolfo Clavarez.

## La voz de los muertos.

Distante llega el carro de nosotros  
Do la luz perennal los mundos corre  
Enlatado, más bien que en traje de oro  
Ya próximo á morir, cuando en las moles  
Que montañas plomizas y de fuego  
Besando casi están; sus roncos broncos  
Empiezan á tañir hondas lamentos,  
Resonando en los aires portadores  
De recuerdos tan tiernos como tristes,  
De suspiros y llantos entrañables,  
De ecos que refuerzan y resisten,  
De conciencia la voz, ecos que traen  
Espinas nuevas que de nuevo hieren  
Los pechos por olvidó ya curados,

Mucheros que la gloria desvanecen  
Y alumbran al espíritu cansado.  
Do occidente en las tumbas es hendido  
El astro perennal, manto azulado  
De perlas y diamantes y zafiros,  
Agujas de oro y plata van bordando...  
Los ayes y lamentos de los broncos  
Que colgando están en las alturas.  
Ocultos por los mantos de la noche,  
Continúan aún, mejor se escuchan.  
El soplo conductor de ondas sonoras  
A dormir echóse, todo es tranquilo...  
Ya vuelven á salir plagarías roncas  
De las gruesas gargantas de granito  
Sus notas perforando las paredes,  
Sus lienzos, la madera y el follaje,  
El Alcázar dorado de los Reyes,  
La mansión de los Príncipes y grandes  
Y el rincón y la choza de los pobres  
Asaltaron á la vez. De aquellos ayes,  
De lloros y recuerdos transmisores,  
Ajenas están ya, sólo en af tráen  
Fantasmas entre sombras ó ilusiones  
que el miedo y el terror váne creciendo.  
Humilde todo es; siguen los broncos  
Con pasado compás; en el silencio  
Penetra presuroso en las estancias  
Mórfico con sus lazos halagüeños,  
Y velando con él sólo una lámpara  
Hace reino la paz largo momento...  
Los broncos que velar son sus deberes  
En noche singular, ¡tan memorable!  
No cesan de gemir, ¡gimen tan fuerte!  
Que el alba más temprano los cristales  
Del balcón de se viste de oro y grana,  
Abre de par en par negro celaje,  
Enturbia su color, el día lo clama.  
Las gentes al gemido de la torre  
Se ruedan de los brazos de Mórfo,  
Hayendo los fantasmas á ilusiones  
Se traucan en vado aquellos miedos.  
Se vuelven á escuchar hondas suspiros,  
Acuden otra vez tristes recuerdos,  
Empiezan á salir nuevos gemidos,  
Y véase caminar gentes de negro.  
Y el mismo ronco son y el mismo canto,  
Escriben las campanas en el aire  
Sin dejar de tañir siempre llorando.  
¡Qué lízubre canción! ¡Qué tristes ayes!...  
¿Por qué suenan así? ¿Qué manos hieren  
Las tapas de su pecho sin abrigo?  
¿Qué piden con su son? Si tantas veces  
Salmódicas ayer con regocijo  
Trayendo al corazón dulce alegría,  
¿Por qué suenan así? ¿Qué manos llegan  
Que las hacen sacar notas tan vivas?  
¡Ay! ¿Qué maño es!... La mano aquella  
Encallada, á la vez ennegrecida,  
Que apenas de los mundos la luz viste,  
Trabajó para tí de noche y día.  
¡La mano de tus padres! El repique,  
Es su voz y sus gritos que te obligan  
Rezar una oración por su descanso.  
¡La mano de tu esposa y de tu hijo  
Que exigen hoy de tí sólo un Rosario!  
Eso tono que dan algo seguido,  
Es la angustiosa voz de tus hermanos,  
El lamento y el jayl de tus amigos,  
El eco de los muchos olvidados  
Que quieren hoy de tí sólo un suspiro.  
Eso otro compás poco sonoro  
Es palabra de aquel pobre mendigo  
Que á tu puerta lloró pidiendo el óbolo,  
Que volveré á pedir des al hambriento  
Un pedazo de pan, ó algún harapo  
Al que há desnutrido, ó algún consuelo  
Al que entre dolor, pena y quebranto,  
Eso otro mayor, más duradero,  
Es aviso también de aquellos hombres  
Que te habieron el bien siendo en el suelo.  
La voz Sacerdotal son estos sonos,  
De aquellos que el oasis te enseñaron  
Do la ciencia y la fe juntas existen,  
De aquellos que por tí no descansaron.  
Sus voces esas son, que ahora te piden